

Sábado 1.º de Noviembre de 1879

MONTEVIDEO

Año II—Núm. 294

ESTE DIARIO

SE PUBLICA

POR SU TIPOGRAFIA A VAPOR

Calle del Cerrito 84

# EL BIEN PÚBLICO

DIARIO DE LA MAÑANA

REDACCION Y ADMINISTRACION, CERRITO 84

DIRECTOR—JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

AVISOS Y SOLICITACIONES HASTA LAS 6 DE LA TARDE

SECCION

Por un mes . . . . . \$ 1 50  
Un número del día . . . . . 0 10  
Un número atrasado . . . . . 0 20

## Almanaque

Sábado 1.º de Noviembre—LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.  
Domingo 2.º—La Comemoración de los fieles difuntos y santa Eustaquia.  
Lunes 3.º—Los innumerables mártires de Zaragoza.

## EL BIEN PÚBLICO

Montevideo, Noviembre 1.º de 1879

### Excelsior

«El país lo necesitaba, lo reclamaba, lo exigía de voz en grito; y con toda la efusión de una convicción profunda, hoy podemos decir al país: La idea católica responde a nuestro llamado: estamos de pie. Estamos de pie y tenemos en abono de nuestra propaganda el principal de los elementos: conciencia del deber de ciudadanos, principios inmutables y profundos y una fe inquebrantable en esos principios.»

«De una idea que, arrojada en la inteligencia de hombres buenos, la convicción y el amor patrio fecundaron, hoy solo de los esfuerzos de los ciudadanos, ha nacido EL BIEN PÚBLICO que se presentará tranquilo y elevado, con esa tranquilidad que la fe vierte en los corazones sanos, y en la íntima persuasión de que acude al llamado de la conciencia del pueblo uruguayo, católico por su moral, por sus hábitos, por sus leyes y por sus paternas tradiciones.»

Con estas palabras consignadas en nuestro programa, nos dirigimos hacia hoy un año por primera vez al público.

Hoy estamos de pie como al principio después de haber salvado la primera y más difícil jornada de la vida de un diario, y haber sostenido la causa católica a medida de nuestras fuerzas.

«Habríamos hecho algún bien? Creemos sinceramente que sí.

No seremos nosotros, por cierto, los que afirmemos que en un año hemos realizado una regeneración. Respetamos demasiado el criterio de nuestros lectores para hacernos la injuria de creer que ignoran que las regeneraciones no se llevan a efecto en un año ni diez. Esas son afirmaciones que sientan bien en los labios de los niños.

EL BIEN PÚBLICO ha sido el primer diario de su clase destinado principalmente a sostener las bases de la sociedad que se desmorona; a recordar al pueblo sus deberes y sus derechos; a romper la rutina y la preocupación engendradas por la ignorancia o por el vicio.

Siendo así, fácil es comprender que los contrarios eran dueños del campo, sin lucha y sin contradicción. Fácil es comprender que cuando el diario católico dijere: Vosotros no tenéis moral porque no tenéis Dios ni culto; habéis olvidado todas las prácticas que retemplan el alma; la plegaria al cielo jamás ocupa vuestros labios y perfuma vuestro corazón y por eso la perseguís; combatís las prácticas religiosas por que no sois capaces de seguir las, como demasiado incómodas; sostenéis la libertad de cultos porque no tenéis ninguno; queréis crear un Dios a vuestro amano porque no queréis que exista tal cual existe con preceptos y sanciones; ocultáis el olvido de las prácticas incómodas que os enseñaron vuestros padres como ocultan los niños su temor; cantando. Un odio febril e inconsciente a toda aquello que no podéis practicar por que sois demasiado débiles ó demasiado cobardes, os impulsa a vociferar, a declarar, a blasfemar, a engañaros a vosotros mismos; fácil es comprender que cada uno de los que se creían aludidos con esos reproches, saltaron como mordidos por un áspid; el vocerío subió de punto, y la ronda disparada que nos cercaba gimio y refunfuño y gritó atropellada como si parodiase una escena la ciudad doliente de Dante.

En su confusa algarabía hizo declaraciones; y aunque no hubiera conseguido otra cosa EL BIEN PÚBLICO, su trabajo sería altamente útil a nuestro país, con sólo haber demostrado quienes son los enemigos del catolicismo en nuestra patria, qué quieren, qué piensan y adónde van.

«Estamos en la época de la demolición y de la contradicción, nos dijeron, queremos demoler, demoler a todo trance lo existente. ¿Qué edificaremos sobre las ruinas? Eso no lo sabemos; lo discutiremos sobre ellas.» «El cristianismo es inmoral, grita el uno, es preciso aniquilarlo.» «El culto y las plegarias son una farsa, grita el otro, no queremos culto ni plegarias.» «No hay más religión que la que uno se forja, clamó el de más allá, porque puede haber moral sin Dios.» «En nombre de la libertad, los sacerdotes no tienen patria, ni derechos de ciudadanos, y pueden ser insultados impunemente, ahulló otro.» Nada quedaba en pie en los labios de la ronda demolidora que nos cercaba.

¿Y Dios?

Dios . . . . . creemos que había salvado mas ó menos contrahecho. Pero ayer no mas llega a nuestros oídos una afirmación del jefe de nuestros contrarios que decía: Dios no ha creado al hombre, sino el hombre ha creado a Dios.»

Era el ateísmo proclamado por una voz prestigiosa. Ya que Dios se había salvado de la universal demolición en nuestro país, ¿habrá habido una protesta contra esa frase lanzada al rostro del Dios-Creador respetado al menos por nuestros enemigos?

Ni una sola palabra se levantó para decir siquiera con independencia: «pensamos de distinta manera».

La voz autorizada del jefe supremo se oyó con sumisión y estrepitoso entusiasmo. Se ensalzó su nombre y su voz su misión.

Ni el Dios-Creador tiene un solo defensor entre nuestros adversarios. O han temido defenderlo porque la blasfemia contra El brotaba de labios prestigiosos, ó no han querido defenderlo, lo que probaría que ni creen en un ser supremo ni aman su nombre soberano.

¿Tendría razón de ser «EL BIEN PÚBLICO» en nuestra patria en vista de esa deplorable subversión de ideas y de procederes?

«No es un timbre de honor para su vida el hecho de ser el único que la defendido y defiende en nuestra patria el nombre de Dios, y que protesta contra la blasfemia lanzada contra su Ser?»

Una vez mas llamamos la atención de los hombres que piensan seriamente, sobre la necesidad de aunarse, de unificarse para salvar la sociedad que quiere desplomarse por falta de base, y que se desplomaría si no la sostuviese la existencia perpetuamente renovada de la redención del antiguo mundo.

EL BIEN PÚBLICO está satisfecho de sí mismo en el año que lleva de vida. Sin pretensión, pero también sin vacilación alguna, podemos asegurar que su existencia se ha ido consolidando de día en día, y su influencia se ha hecho sentir cada día más benéfica.

Nuestros adversarios, con una actividad digna de mejor causa y bastante pueril, la verdad sea dicha, se han empeñado en sorprender en nuestra vida un sintoma de vacilación, un paso que revelase retroceso, cualquier indicio que les sirviese de consuelo.

«Visiones del desol!»

Hoy como ayer estamos de pie con la convicción católica inmovible irradiando su luz en nuestra senda, y con el entusiasmo y la esperanza del primer día alentando nuestras horas de combate por la causa de Dios y de la patria.

Como lo dijimos no ha mucho saludando a nuestro valiente hermano EL PORVENIR del Salto, estamos seguros, plenamente seguros, de que en la cumbre más ó menos lejana está la gloria, ya ciñan sus laureles nuestra frente vigorosa, ó ya envuelvan el escudo sobre el que cayeron los buenos al clavar en las crestas encanecidas el pabellón de Dios y de la patria.

«¡Excelsior!»

Un año es un día para una causa que lucha con preocupaciones inveteradas; y sobre todo cuando es acutosa como la nuestra. La que combate las pasiones e impone la violencia, mientras que sus contrarios dan un sentido tristemente elástico a la palabra libertad lo permiten todo, lo toleran todo, lo justifican todo menos el catolicismo y sus prácticas severas.

Muy cómodo, á fé, es el liberal sistema del *dejad hacer* moral. Indudablemente se plegarán á él con avidez todos los que, sin conocerlo, ya eran sus fervientes partidarios en la vida práctica.

Un año es un día, y es necesario por consiguiente trabajar, trabajar sin descanso y en todas las esferas porque estamos en la época de la siembra.

«Será necesario que llamemos una vez mas á los católicos de nuestra patria á cooperar á medida de sus fuerzas á la obra común.

«Será necesario que les inculquemos la necesidad de la unión que hace la fuerza, al trabajar por la causa de nuestra fe?»

No por cierto. Los hombres de creencias conocen ya sus deberes de ciudadanos católicos y sabrán cumplirlos, los como han sabido hasta ahora, y día á día se irán levantando los rezagados y los cobardes. Nuestros adversarios se han encargado de ahorrarnos mucho trabajo mostrándonos al país tales cuales son con sus tendencias, con sus procederes, con su anarquía, con su piqueta demolidora.

Definidos ellos, la misión del BIEN PÚBLICO queda deslindada una vez mas. Encarna la causa del Dios negado ó olvidado de todos por convicción ó por cobardía. Representa la fe

y el orden moral en medio á la duda y la anarquía de las almas. Encierra el elemento conservador y religioso en medio de la demolición contradictoria que amontona desórden en el presente y eternas nieblas en el porvenir.

EL BIEN PÚBLICO, pues, en el primer aniversario de su fundación, se ratifica en su credo salvador, agradece su vida y sus progresos á los que contribuyeron á su organización y sostenimiento y estrecha cordialmente la mano á sus amigos diciéndoles con el poeta de las montañas.

«¡Excelsior! ¡adelante!»

Colaboración

### Monólogo de cabo de año

Inauguro hoy mi segundo año. Lo siento, porque he dejado vanos los augurios de *El Siglo*, árbol plantado por la mano del Dios de los periodistas y página que guarda el bautismo de la creación periodística de nuestra patria.

Aparte de eso, la cosa es para felicitarse. La prensa es antorcha, la discusión luz—se ha repetido en todos los tonos.—Pues ahí tiene prensa y discusión: alumbraos y calentaos, si podéis.

Yo no tengo buena opinión de los diarios. Si me preguntasen que cuando me gustan, contestaría sin vacilar, que cuando voy de viaje me sirven para envolver los fiambreros del camino ó hago con ellos paja para encender el fuego en el invierno. Pero hasta en eso son desahogados: con la luz y el fuego dan al humo; envolviendo los fiambreros, si no se toma la precaución de resguardar á éstos con un papel blanco, suelen dejar en ellos el gusto estúpido de la tinta.

Soy, sin embargo, de los que piensan dejar el mundo tal cual lo encuentran. Creo que el orden moral tiene fundamentos tan incommovibles como el físico, y que cumplir lo que estimo mi deber, he llegado á imaginar que está todo satisfecho. Si yerro pensando así, voy en buena compañía: San Pedro de Alcántara le dijo eso mismo á un noble que se dolía de la corrupción de la corte, y Pío IX se lo repitió á los peregrinos españoles, hace porahora tres años.

Cabalmente por que pienso así, estoy de punta con los periódicos. Los periodistas han tomado á empeño el cambiar al mundo, y los empeños, ó no tomarlos ó cumplirlos; ó estar uno en su casa viviendo, o yendo y callando, ó de ponerse á hablar, decir lo que corresponde; ó no acometer la hazaña de reformar á nadie, ó empezar por reformarse uno á sí mismo.—Bequer dice en una de sus *Cartas literarias á una mujer*: «Cuando un poeta te pinta en magníficos versos su amor dura.—Estoy con Bequer, pero paso la voz á los periodistas: «Cuando pintas bien, sentis mal: estás mal acomodados los Catones en las gacetas.» Esto no quita que de mí se diga lo mismo. Doy amplia facultad para decir de mí lo que se quiera: tengo un solo Juez, y ese no está aquí abajo; contra todos los de la tierra tengo una defensa: encojo los hombros y los labios. Tal vez no será cortés, pero es muy expresivo, tan expresivo como la naturaleza, que ha sido en esto mi maestra.

He leído en la Escritura Santa que los demonios suelen transformarse en ángeles de luz. Aparte de eso, los maestros de espíritu me han dicho muchas veces que el refinamiento de la soberbia está en vestirse los harapos de la humildad. Esto me da en qué pensar. . . . ¿Soy ángel? ¿Soy demonio? . . . No lo sé, pero puedo decir que las apariencias me condenan, porque si los periodistas han acometido la hazaña de hacer bueno al mundo, de mí parece que hubiese acometido la de hacer mejores á los periodistas. Sin embargo, estas son solo las apariencias. He dicho ya que pienso dejar al mundo tal cual lo hallé. Los periodistas siguen su camino, yo sigo el mío, y Dios anda en el de todos. No es mía la culpa de que los caminos se crucen á las veces y el paso tenga que ser disputado: yo sigo mi camino; nada más, y voy por medio de los que han recogido piedras para tirármelas, de un modo en lo humano semejante á aquel con que Jesús pasó por medio de los que querían apedrearle: *¡vát!*, dice concisamente el Evangelio.

En esto mi camino los años son jornadas. Para ver la que he logrado hacer cada día, no he menester dar vuelta á la cabeza; me asomo á los bordes de mi conciencia, y lo veo todo, hasta las brozas del camino, hasta la huella que mis pies han dejado en el polvo, hasta el que de este se me ha pegado los zapatos!

La atmósfera del periodismo es roja como la escarlata y quema como los carbones encendidos.—El hombre entra en ella con pulmones de blanda carne y su alma se seca y se endurece allí, como algunos materiales de construcción se endurecen en el agua. Antes me movía á maravilla ver como había hombres que viviesen en la cala de los buques de vapor, alimentando á las máquinas con materna solicitud y sudando todavía menos que la pulimentada superficie de las piezas que iban engrasando. Ahora no me queda ya el derecho de admirarme por eso: cuando ellos entraron allí, sus pulmones se rean de carne blanda y jugosa, sentían sofoco y ansiedad, y sus poros se distendían; el tiempo lo ha curado todo; á la carne ha sucedido la arcilla. Así se seca también el espíritu en esta atmósfera de la prensa donde la triste necesidad de decir algo mueve á algunos labios á agitarse sin reparar en que salpican de saliva los rostros de sus hermanos. De mí, no osaría decir que esté sin pecado; pero tengo el derecho de decir: «Tiradme la primera piedra, oh vosotros los que esteis sin ella.»

Cuando Moisés dudaba del mandato del Señor, el Angel le mandó llevar al pecho su mano (4) Hizolo así el Patriarca, y sacó su mano llena de lepra. Tornóla á llevar, y la sacó de nuevo semejante al resto de su carne. La lepra moral nace también en el pecho del hombre, pero también en el su cura. Lo que hace falta es que quien una vez sacó de allí el mal, no traiga su mano. Lévela segunda vez, y fíe en Dios. El que, dispuesto á ponerse en la prensa al frente del pueblo, saca, ha sacado alguna vez de su corazón desahogado ó siquiera vacilaciones, saque fortaleza y valor, y no le diga á quien le envía: «Señor yo no soy elocuente, mi lengua es tarda (2).» Porque el Señor tendrá derecho á decirle: «¿Quién hizo la boca del hombre? ¿Quién al sordo? ¿Quién al mudo? ¿Quién al que ve y al que oye? No fui yo? (3).»—Y cuando Dios interroga de esta suerte, no le queda al hombre más camino que obedecer ó rebelarse. Las dos cosas puede hacer, pero no las dos impunemente.

«¡Hay en la Escritura sentencias tan profundas, dichas tan sencillamente! Tomo, y leo. «Si un ciego guía á otro ciego, ambos caerán en la sima.» He ahí una cosa dicha como quien no dice nada.

Si un ciego, es decir, si un hombre ciego, inteligencia nada ve y todo lo ve del color de su codicia; si un hombre cuyo corazón está yermo y frío como un témpano de hielo, pretendiendo guiar á otros hombres, todos irán á la codicia y á la esterilidad.

En vista de eso, acabo de preguntarme cuales sean las condiciones de los que guían á los pueblos, unos desde la prensa, otros desde otras partes. Por si me engañaba mi criterio, he consultado. ¡Dios mío! Casi todos los que les siguen hablan mal de ellos. «¡Pero les siguen!» . . . . «Demasiado comprendo que es esto ó lo otro; pero escribo tan bien!» . . . dice el uno. «¡Oh sí, venga Vd. á decirme lo que me tiene de tan dados las sacudidas á los fanáticos!» . . . dice otro. «Y así se repite de labio en labio, al son de las campanillas con todos cabestran tras aquel ó aquellos á quienes despellean!»

Todo esto podría curarse. Pero al hombre solo le es dado desear que se cure y contribuir en lo que pueda á no agravarlo. Dios tiene en su mano los corazones de los hombres. Pero observo que cuando David se arroja á llorar su pecado, no pide á Dios que le cure el corazón sino que le cree un nuevo. También las sociedades se crean, mas bien que se reorganizan. Cuando dan en enfermarse, no paran hasta morir; solo que antes de morir transparentan el caos: Hay en ellas mezcla de miserias sin nombre, cruzadas por tal cual destello de luz; hay todos los gérmenes de la vida sofocados bajo el peso de todos los gérmenes de la muerte; hay amor, lágrimas, sentimiento, pena, y hay rabia, la rabia del pecar, que es la rabia de todos las rabias. Por cima de todo eso, como por cima del caos primitivo, es llevado el Espíritu de Dios, que puede en un momento solo poner concierto, dividir las aguas de las aguas y poblar aquellas cabezas y aquellos corazones.

Dios puede hacerlo; pero quiero que los hombres se lo pidan.

Si EL BIEN PÚBLICO no hiciera mas que recordarle á los hombres, que deben pedirlo, todavía podría bendecir á Dios por haberle dejado cumplir su deber, en el fin de cada uno de sus años.

—Bastante mal, querido Príncipe. ¿Y por allá? «¡Pech! De todo hay. Aquellos brutos de los socialistas se empeñan en llevar la lógica á punta de pañal, y como si se hubieran dado de ojo con ellos para quemarme la sangre, los ultramarinos, esos que erro erre en que tjeretas han de ser.

—Algo de eso hay por acá. Mis amigos y yo queríamos hacer del Austria-Hungría un imperio liberal, y todo el á la altura de la civilización moderna; pero por lo visto, aquí todavía la gente no está curada de la manía católica y feudal, y entre cheques, bohemios y polacos, intentan guisar un pisto, que al fin nos impediría movernos con holgura en esa brillante región del *Kulturkampf*, donde usen mi querido Príncipe, está aposentado tan firmemente. . . .

—En cuanto á eso de *fürnehmen*, mucho habría que decir, querido conde; pues lo cierto es que si las cosas siguen como van, quizás no me quede más remedio para comprender el camino de Canosa.

—¿Cómo Vd. tan acordado, mi querido Príncipe? ¿Vd. que tantas lineas ha hecho para fundar la grande unidad germana sobre la base protestante-racionalista, consentiría en pedir auxilio á las momias ultramarinas?

—«¡Eh! ¿qué quiere Vd., amigo? Manos besa el hombre. . . . Si yo no tuviese que haberme las mas que con ultramarinos y socialistas, ya pudiera oponerles un dique liberal-conservador que, bien cimentado, impusiera, en la vida de las unidades, la caballería y la artillería, defendiéndome á mi *Kulturkampf* contra los brutales aluviones de la demagogia negra, y contra los tenaces filtros de la blanca. Pero, amigo, conde, entre esos dos litigantes, se presenta, como sabe Vd., un tercero en discordia, que quiere alzarse con el cotarro de mi unidad germanica, y de todas las unidades. . . .

—Sí, Príncipe, sí. Demasiado que yo quisiera hacer aquí también el tal tercero en discordia. Pero a bien que ya los nihilistas le dan á él en su casa un hueso bastante duro que roer. . . .

—Lo cual, amigo conde, no le quita de irsenos subiendo á mayores; y Vd. sabe el trabajo que nos ha costado impedirle meterse en Constantinopla, y todo lo que hoy es el manejo de esa ciudad, que nuestros hermanos para ver de cobrar el barato, por de pronto, en todo el Oriente de Europa y en todo el Occidente del Asia. . . . es un verdadero Briareo, que tiene los brazos muy largos.

—¿Cierro? pero sin contar que nosotros no somos muchos, así esta nuestra amiga Inglaterra que ya se encarga de apagarlos los fuegos. . . .

—Sí, conde, sí, y á un concurso de esa amiga deberemos nosotros que el gigante se mire mucho en intentar nuevas brazadas. Pero usted sabe como yo que este Briareo es tan astuto como nudaz, y que ahí donde no puede llegar con los brazos, sabe muy bien llegar con el aliento, y no se necesita muy fino tacto para haber sentido ya su respiración en el Cabo de Buena Esperanza, y en el Afghanistan, y en la vecina Persia, y en todas partes donde el imperio británico tiene algo que perder.

—En eso, Príncipe, creo que el juicio de usted no crea de temerario.

—Yo creo, conde, que el de Vd. es también algo temerario; pero para entender que con la misma locura que nuestros enemigos común hieren el corazón de nuestra amiga Inglaterra en Asia, trataría de herir el nuestro en Europa.

—Lo sospecho.

—¡Oh! Tiene, por de pronto, dos instrumentos maravillosamente apareados, contra Vd. el uno y contra mí el otro. Contra mí, tiene á la demagogia francesa, que un luego como se ve es amparada, trataría de encubrir sus miserias intestinas moviéndome una guerra de reivindicación, tanto más peligrosa para mí cuanto sería simpática de hecho al hoy pisoteado orgullo de todo el pueblo francés. Contra Vd. tiene á los fanáticos de la Italia irredenta, poco temibles ciertamente para mí si ensayan su farsa sola, pero que tan de temer son para Vd. y para mí, si la ensayan en comandita con la demagogia francesa, y con la española, ó mejor dicho, con la ibérica.

—«¡Calle Vd. ¿También la demagogia de España cree Vd. que entraría en el ojo?»

—Sí, señor conde, lo creo. Con tanta mayor razón cuanto así como la demagogia francesa y la italiana serían principalmente respectivos daros arrojados por mí en la Europa central, y contra mí, la demagogia ibérica sería el especial tropiezo puesto por la propia mano contra Inglaterra en aquel rincón de Europa. . . . ¿Me explico, señor conde?

—Perfectamente, Príncipe. El plan es claro. Suscitar en el Occidente de Europa, ó sea en las naciones latinas un vasto movimiento demagógico que con dos guerras, social una territorial la otra, compenetradas nuestras fuerzas en aquella región, como también en toda la zona central del continente, mientras excitando en la región oriental á los pueblos esclavos oprimidos hasta hoy por Turquía, se los induce á esperar su salud del triunfo del paducismo, y poquito á poco, ó quizás en solo una campaña, ir quitiéndome hoy la Bosnia y la Herzegovina, mañana la Hungría y la Rumania, al otro día mis posesiones adriáticas.

Con lo cual, desaparecería el imperio austro-húngaro, y usted se quedaría con sus alemanes para aguantar solo el puño contra esclavos rusificados, y latinos arastrados en el torrente de una demagogia movida por el brazo de Rusia.

—Veo que nos entendemos. Es, pues, tan claro que si Vd. quiere ser el único que, dice, es decir, potencia esclavista, tiene que apoyarse en mí, como si yo quiero salvar á mi germanismo de perder en el océano panislavista, tengo que apoyarme en Vd. y Vd. y yo en Inglaterra, ó Inglaterra en Vd. y en mí.

Aquí se enfrente en la conversación un adverbio imperioso, y apuntándose á nombre del sentido común con los dos ilustres interlocutores, les dice á quemarropa:

«Señor Príncipe, señor Conde: cuando quiera, en donde quiera que quisiera que cualquiera intente dar cualquier género de batalla contra cualquier especie de demagogia, ni ha hecho, ni hace, ni hará, ni puede hacer nada que valga dos maravedís, mientras no ponga todos los intentos, todas las alianzas, toda la mente, todo el corazón y todos los alientos, bajo el amparo y la guía del único adversario completo, firme y eficaz que han tenido, tienen y tendrán.»

—¿Cómo estamos por acá, mi querido Conde?

(1) Exodo, cap. 4, vs. 6 y 7.

(2) Hid. cap. 4, v. 11.

(3) Hid. v. 12.

—Bastante mal, querido Príncipe. ¿Y por allá? «¡Pech! De todo hay. Aquellos brutos de los socialistas se empeñan en llevar la lógica á punta de pañal, y como si se hubieran dado de ojo con ellos para quemarme la sangre, los ultramarinos, esos que erro erre en que tjeretas han de ser.

—Algo de eso hay por acá. Mis amigos y yo queríamos hacer del Austria-Hungría un imperio liberal, y todo el á la altura de la civilización moderna; pero por lo visto, aquí todavía la gente no está curada de la manía católica y feudal, y entre cheques, bohemios y polacos, intentan guisar un pisto, que al fin nos impediría movernos con holgura en esa brillante región del *Kulturkampf*, donde usen mi querido Príncipe, está aposentado tan firmemente. . . .

—En cuanto á eso de *fürnehmen*, mucho habría que decir, querido conde; pues lo cierto es que si las cosas siguen como van, quizás no me quede más remedio para comprender el camino de Canosa.

—¿Cómo Vd. tan acordado, mi querido Príncipe? ¿Vd. que tantas lineas ha hecho para fundar la grande unidad germana sobre la base protestante-racionalista, consentiría en pedir auxilio á las momias ultramarinas?

—«¡Eh! ¿qué quiere Vd., amigo? Manos besa el hombre. . . . Si yo no tuviese que haberme las mas que con ultramarinos y socialistas, ya pudiera oponerles un dique liberal-conservador que, bien cimentado, impusiera, en la vida de las unidades, la caballería y la artillería, defendiéndome á mi *Kulturkampf* contra los brutales aluviones de la demagogia negra, y contra los tenaces filtros de la blanca. Pero, amigo, conde, entre esos dos litigantes, se presenta, como sabe Vd., un tercero en discordia, que quiere alzarse con el cotarro de mi unidad germanica, y de todas las unidades. . . .

—Sí, Príncipe, sí. Demasiado que yo quisiera hacer aquí también el tal tercero en discordia. Pero a bien que ya los nihilistas le dan á él en su casa un hueso bastante duro que roer. . . .

—Lo cual, amigo conde, no le quita de irsenos subiendo á mayores; y Vd. sabe el trabajo que nos ha costado impedirle meterse en Constantinopla, y todo lo que hoy es el manejo de esa ciudad, que nuestros hermanos para ver de cobrar el barato, por de pronto, en todo el Oriente de Europa y en todo el Occidente del Asia. . . . es un verdadero Briareo, que tiene los brazos muy largos.

—¿Cierro? pero sin contar que nosotros no somos muchos, así esta nuestra amiga Inglaterra que ya se encarga de apagarlos los fuegos. . . .

—Sí, conde, sí, y á un concurso de esa amiga deberemos nosotros que el gigante se mire mucho en intentar nuevas brazadas. Pero usted sabe como yo que este Briareo es tan astuto como nudaz, y que ahí donde no puede llegar con los brazos, sabe muy bien llegar con el aliento, y no se necesita muy fino tacto para haber sentido ya su respiración en el Cabo de Buena Esperanza, y en el Afghanistan, y en la vecina Persia, y en todas partes donde el imperio británico tiene algo que perder.

—En eso, Príncipe, creo que el juicio de usted no crea de temerario.

—Yo creo, conde, que el de Vd. es también algo temerario; pero para entender que con la misma locura que nuestros enemigos común hieren el corazón de nuestra amiga Inglaterra en Asia, trataría de herir el nuestro en Europa.

—Lo sospecho.

—¡Oh! Tiene, por de pronto, dos instrumentos maravillosamente apareados, contra Vd. el uno y contra mí el otro. Contra mí, tiene á la demagogia francesa, que un luego como se ve es amparada, trataría de encubrir sus miserias intestinas moviéndome una guerra de reivindicación, tanto más peligrosa para mí cuanto sería simpática de hecho al hoy pisoteado orgullo de todo el pueblo francés. Contra Vd. tiene á los fanáticos de la Italia irredenta, poco temibles ciertamente para mí si ensayan su farsa sola, pero que tan de temer son para Vd. y para mí, si la ensayan en comandita con la demagogia francesa, y con la española, ó mejor dicho, con la ibérica.

—«¡Calle Vd. ¿También la demagogia de España cree Vd. que entraría en el ojo?»

—Sí, señor conde, lo creo. Con tanta mayor razón cuanto así como la demagogia francesa y la italiana serían principalmente respectivos daros arrojados por mí en la Europa central, y contra mí, la demagogia ibérica sería el especial tropiezo puesto por la propia mano contra Inglaterra en aquel rincón de Europa. . . . ¿Me explico, señor conde?

—Perfectamente, Príncipe. El plan es claro. Suscitar en el Occidente de Europa, ó sea en las naciones latinas un vasto movimiento demagógico que con dos guerras, social una territorial la otra, compenetradas nuestras fuerzas en aquella región, como también en toda la zona central del continente, mientras excitando en la región oriental á los pueblos esclavos oprimidos hasta hoy por Turquía, se los induce á esperar su salud del triunfo del paducismo, y poquito á poco, ó quizás en solo una campaña, ir quitiéndome hoy la Bosnia y la Herzegovina, mañana la Hungría y la Rumania, al otro día mis posesiones adriáticas.

Con lo cual, desaparecería el imperio austro-húngaro, y usted se quedaría con sus alemanes para aguantar solo el puño contra esclavos rusificados, y latinos arastrados en el torrente de una demagogia movida por el brazo de Rusia.

—Veo que nos entendemos. Es, pues, tan claro que si Vd. quiere ser el único que, dice, es decir, potencia esclavista, tiene que apoyarse en mí, como si yo quiero salvar á mi germanismo de perder en el océano panislavista, tengo que apoyarme en Vd. y Vd. y yo en Inglaterra, ó Inglaterra en Vd. y en mí.

Aquí se enfrente en la conversación un adverbio imperioso, y apuntándose á nombre del sentido común con los dos ilustres interlocutores, les dice á quemarropa:

«Señor Príncipe, señor Conde: cuando quiera, en donde quiera que quisiera que cualquiera intente dar cualquier género de batalla contra cualquier especie de demagogia, ni ha hecho, ni hace, ni hará, ni puede hacer nada que valga dos maravedís, mientras no ponga todos los intentos, todas las alianzas, toda la mente, todo el corazón y todos los alientos, bajo el amparo y la guía del único adversario completo, firme y eficaz que han tenido, tienen y tendrán.»

—¿Cómo estamos por acá, mi querido Conde?

(1) Exodo, cap. 4, vs. 6 y 7.

(2) Hid. cap. 4, v. 11.

(3) Hid. v. 12.

nen y han de tener todas las demagogías. Siervos de Venezuela traslados á Inglaterra por los efectos de los vientos.» (De *El Siglo Futuro*)

## SECCION OFICIAL

Ministerio de Hacienda.

Montevideo, Octubre 31 de 1879.  
El presidente de la República en uso de las facultades que le han sido conferidas por la H. Asamblea General—

DECRETO.  
Artículo 1.º A partir del 1.º de Noviembre próximo queda reducido en un 50 p.º el impuesto llamado «arqueo» el devaluación de los valores de presente por la ley de la materia, para los manifestes de carga y descarga, habilitaciones para cargar y peticiones solicitando abrir ó cerrar registros.

Art. 2.º Comuníquese, publíquese y dese al L. C.

LATORRE.  
JOSÉ M. MONTERO (hijo)  
GUILLERMO MEYER  
EDUARDO VAZQUEZ.

Ministerio de Gobierno.

Montevideo, Octubre 17 de 1879.  
Dolorosamente impresionado dirijo á V. E. esta nota para expresarle lo que se me agita en el alma por el estado de la República.

No se puede decir que el país se haya gozado una vida tranquila é inalterable, de satisfacción y contento para todos, se ha convertido en teatro de una gran actividad. No se puede, señor Jefe, la consistencia de semejante situación

v

**El día de los muertos**

Es santo y saludable el pensamiento de rezar por los difuntos.

(Libro de los MACCAREO.)

Mañana es el día en que la Iglesia católica piensa en los muertos y ruega por ellos.

Es la madre que recoge los pedruzcos de su corazón esparcidos por la mano de la muerte en las regiones de la eternidad, para inclinar la frente y arrojara sobre las santas memorias las flores de las plegarias.

Todos fueron sus hijos y ora por todos porque el hogar de la esperanza arde siempre en su corazón.

Pero no hay desigualdad en las plegarias de la Iglesia por los muertos?

«No son solo de los afortunados del mundo las oraciones de la madre común? ¡Oh! No blasfemes, espíritus sin fé; creed en Dios porque Dios existe provído, infinito, incomprensible. Creed en la regeneración del mundo por la sangre del Hombre-Dios, y cuando sintáis en vuestras almas los latidos de la fé, inclinad la cabeza ante las tumbas de los que amanecieron y medita.

El símbolo de la redención bendijo a nuestros seres queridos en la cuna, y hoy abre sus brazos sobre su tumba.

Las oraciones de la Iglesia no son solo de los privilegiados. Creed en Dios porque Dios existe provído é incomprensible.

Arde el incienso en el altar de la ley de gracia.

¿Sabéis si sus doradas espiras al subir á la atmósfera se convertirán en nubes de tempestad ó de bonanza?

Los vapores de la tierra suben á la atmósfera, pero la mano del hombre que los hace subir no los distribuye una vez que se alejaron de la superficie de la tierra.

Los vientos superiores los arrebatan y los llevan allí donde nosotros no creíamos, quizá á regiones desconocidas.

El alma de la electricidad se infunde en la nueva nube y transforma radicalmente su ser. ¿Pensaría el hombre que contribuyó á formar esa nube que, enuelto en ella, rodaría por los espacios al genio de la tormenta cabalgando los desastrosos vientos?

Quizá esa nube encarna mañana una lluvia benéfica que fecunde el esfuerzo del honrado labrador; quizá destruya la felicidad de muchos y lleve tras de sí la desolación y la ruina.

Las plegarias por los muertos son el perfume del alma que se eleva de la tierra al cielo pidiendo á Dios por los seres queridos que nos dejaron.

El hombre eleva la plegaria.

Dios la recibe y la distribuye. Dios la aplica, y para Dios no existen los afortunados de la tierra.

La Iglesia Católica cree en el dogma de la comunión de los santos, según el cual todos los que pertenecen al cuerpo al alma de la Iglesia, reciben el fruto de las sagradas oraciones.

La plegaria por los muertos va dirigida á la persona querida; el acto subjetivo es bueno y meritorio en sí; estamos seguros que Dios lo acoge por cuanto recoge todos los actos buenos; el acto, pues, no es perdido y toca á la infinita sabiduría su aplicación ó distribución.

Creed en Dios porque Dios existe. Rogad por los seres queridos que os dejaron si es que tenéis corazón y creis en el Dios provído é incomprensible.

La oración en sí misma, aun sin considerarse con relación á la persona que rezará para quien se pide la eterna paz, es un acto bueno y meritorio.

¿Habrá quien pueda negarlo? Vos lo negáis pobre amigo descreído? Pues os diré la razón de vuestra negación: vos no oráis, no sabéis orar, ó no queréis orar.

Poned la mano en vuestra conciencia y decidme si lo hacéis alguna vez, si no con los labios al menos con el corazón.

Y sin embargo la oración es necesaria al hombre, y acude instintivamente á sus labios en los momentos de supremo dolor. Si la oración deja de acudir á los labios y al corazón en esos momentos, ocupa su lugar la blasfemia, la imprecación contra Dios.

Aquella traé al alma el consuelo de la resignación y la esperanza cristianas; esta la trae la piel de la desesperación.

Este es un hecho que diariamente palpamos.

La Iglesia católica escribe en la cruz que protege las tumbas una consoladora inscripción:

*Spes uníca. Uníca esperanza.*

Y la cruz de la tumba está con los brazos siempre abiertos para recibir en ellos á los que se acogen á su eterna esperanza.

Pero los que no saben orar por los muertos no aman la cruz. Los que no aman la cruz no saben orar por los que vivieron entre los hombres.

La Iglesia católica al dejar en su última morada á uno de sus hijos escribe sobre su losa, un santo deseo, una oración.

*Requiescat in pace.*

Descanse en paz.

Es la tendencia de la fé; es la fé en la inmortalidad.

En tiempo del paganismo, cuando la cruz del Calvario no protegía las tumbas porque no había iluminado las almas también en la losa de los muertos consignaban un deseo, pero que no era oración, porque no se desligaba de la tierra para elevarse á Dios.

*Sit tibi terra levis.*

*Que la tierra te sea ligera.*

Fórmula sin sentido y sin consuelo, pero que quieren resucitar los que quieren restablecer el paganismo en la edad moderna sobre las ruinas de la santa doctrina del Calvario.

Loca empresa la de pretender arrancar de la tumba de nuestros padres, ó de nuestras madres, de nuestros hermanos, y que sorpá mañana la nuestra, símbolo sagrada de la eterna esperanza y de la eterna paz.

¡Oh! estamos seguros. No fallará un mano creyente que escriba sobre nuestra tumba la fórmula sagrada: ¡descansen en paz!

II.

Mañana es el día de las santas memorias.

Nuestros padres nos enseñaron a res-  
tar ese día.  
Ellos nos precedieron en la tumba, pe-  
ro guardamos sus enseñanzas y nos in-  
clinaremos ante su sepulcro con el tesoro  
de la fe en el corazón y la alegría en  
los labios.  
¡Felices los que pueden unirse a los  
seres queridos con los vínculos de la  
oración divina.  
Desgraciados los que no saben ora-  
por los muertos, porque sus almas duermen  
con el sueño del eterno olvido.  
Vosotros los que creéis, los que espe-  
rais, los que amáis, acompañad a la  
Iglesia en sus plegarias, y si a vuestro  
lado sentís la risa del desecado, rogad  
también por él, porque su corazón tam-  
bién es una tumba: la tumba de la fe, de  
la esperanza y del amor.  
El mas triste de los sepulcros porque  
la cruz del Calvario no extiende sobre  
sus brazos redentores.  
Id al templo católico donde despertará  
los santos recuerdos de los muertos pa-  
ra reclinarse después en sus tumbas  
consolados con el suave ambiente de las  
plegarias.  
Id al templo católico a rezar por vues-  
tros muertos queridos; fuera de él no ha-  
llaréis consuelo, cuando más un re-  
cuerdo profano, ó una flor que marchita  
el hábito del templo.  
En el templo crecen las flores de la  
oración que no se marchitan jamás por-  
que, aunque radicadas en la tierra, su  
nutren con la savia de la inmortalidad  
de la fé.

---

## Poesías

---

### Madre mía!

A MI HERMANO ALEJANDRO

Como en templo cerrado  
Que guarda mi destino,  
Se escondo, entre las nieblas de mi infancia  
En religioso altar, su sér purísimo.

Si en el combate diario,  
Sól y débil, vacío,  
Las puertas de ese templo se entreabren  
Y suspira una voz: "¡Sigue, hijo mío!"

Yo conozco ese acento  
Que desmayá en mi oído,  
Tierno como el recuerdo de mi cuna,  
Triste como el adiós para el martirio.

¡Madre, madre adorada:  
Siempre luchando vivo!  
¿Por qué entonces tu voz me deja solo,  
Y, de existió tu amor, halo vacía?

Ni un recuerdo siquiera  
De tu imagen consigo;  
Ni una chispa salvada del incendio  
Que mi dicha abrasó siendo tan niño.

¡Qué felices los hombres  
Que, de sufrir rendidos,  
Pueden decir llorando: "Madre mía"  
Y fundir su dolor en un suspiro!

Yo nó; yo marché solo;  
Lloro, pero escondido;  
Y vengo tu sér, cual se venera  
El inviolable altar de un sacrificio.

Como el rito mosaico,  
Tubo un destino y símbolos,  
Tu recuerdo sin forma en mi alma engendra  
Un culto hacia tu sér, casi divino!

Un culto no he hecho:  
El templo está vacío;  
En los templos, se adora de rodillas,  
Y yo quiero tus brazos: ¡sójate tu hijo!

Dios te velo, y un culto  
Impuso á mi cariño;  
Y no hay culto en el mundo sin misterios  
Ni altar sin holocausto y sacrificio.

Madre mía: mis lágrimas  
Borran antiguos ríos;  
Rasgue tu imagen el sagrado velo;  
Brote la luz del fondo del abismo...

El templo del sepulcro  
Cerrado está á los vivos...  
¡Qué hermosa redención hallará mi alma  
Cuando yo toque los umbrales fríos!

Llegaré aun cubierto  
Del polvo del camino,  
Y te hallaré, al final de mi jornada,  
Sentada sobre el borde del abismo.

Por fin entre tus brazos  
Descansaré tranquilo  
Y verteré en tu seno, madre mía,  
El llanto que en el mundo no he vertido.

*Juan Zorrilla de San Martín.*

---

### Apóstrofe a la muerte

¡Lo veis!... ¡Horrible espectro! que bañad  
Por el edén, pulido del día,  
O en actitud sinistra ya callado  
Entre las sombras de la noche umbría...  
Cifien eternamente  
Secas espigas y marchitas flores  
Su descarnada frente.  
Plástica form del destino humano,  
¡Quién sear aquí que palido no vea  
La sangrante guandía  
Que estrecas en la mano  
De la que sangre sin cesar chorreará...

Cuando el Genio del mal tu sér evoca,  
De súbito aparezces  
Como sombra entre sombra, de cipreses,  
¡Y sin labios tu boca  
Y de sarcasmo llena  
Con tu risa epiléptica y eterna,  
Con tu mortal aliento que envenena!  
Así aparezces tú... y te desizas  
Pisoteando del hombre los despojos:  
Tus huellas son cenizas!

¡Rey de la destrucción! ¿qué no devora  
Ay, tu furia infernal! Ries del hombre  
Siempre que el nombre llores  
Muerto y sin exhalar ni aliento,  
Con magras manos sin cesar abiertas,  
Andas y buscas al dolor dormido,  
Sacudiendo al dolor... tu le despertás!

Oh muerte incesante  
Que hundes y levantas  
Del mármol frío en las ciudades,  
De la choza paíza!  
Oh viajero errante  
Sin patria y sin hogares!  
Si á cada paso tuyo se levantan  
Enlutados altares,  
Si siempre has sido de la especie humana  
El mortal enemigo,  
¡Haye especie de mí... ¡yo te maldigo!

Madre infeliz, en tus huescos brazos  
Ha espiado el momento en que la aquejas,  
Y en los ojos que  
Abren y cierran sin cesar los brazos  
Sus desolados hijos,  
Entre sollozos, lágrimas y quejas.  
Y aquella flama esposa, al par que bella,  
Le arrebatada cruel a su adorado,  
Dolor llevando á su jadeante pecho,  
Negro, negro á su desierto lecho.  
Desgraciado el enfermo  
Que en su frente sienta  
Tu helada mano! al ataud cayera!  
Pobre huéste guerrera  
Si recorres el campo de batalla,  
Sirviéndote del hieiro y la metralla;  
Ese campo nublado  
Con nubes de humo de la lucha impía,  
Dejamas de cadáveres sembrado,  
Cadáveres entientes todavia;  
Y mis ojos me recueran allí presente  
Creyéndo, sangro en bullidos de guerra.

En el camino

Y donde no estas tú, si aún escondido  
En las cenizas frías  
Te reserva el Destino  
Asiento misterioso  
En el fútil de los locos alegres?...  
  
Tus únicas hazafas  
Son convertir en noche la alborada  
De dormir en la tumba, tu morada!  
De esa tumba á las fogoreras entrañas  
Cuando quita tu paso vagabundo,  
Al sepultarse en tus oscuros senos,  
Habrá siempre en el mundo  
Una víctima más... un hombre menos:  
Solo das tregua al conducir tu víctima  
Hasta la tumba lejana.  
Para lamer tu garra ensangrentada.

[¡Ay!, ¡todos van allí!... terrible arcano!  
Todos marchan contigo:  
El niño y el anciano,  
Los reyes y el mendigo,  
El libertino que en alegre orgía  
Se te burla en misteriosas noches,  
Y el monje que al reflejo de los cirios  
Allá en celda sombría  
Te acurula en sus místicos delirios.

Se levanta en las mareas de la vida  
La inmensa oleada humana  
En calma ayer, en tempestad mañana,  
Sus olas que se agitan  
Ya furibund tumultuosas,  
Ya brávidas se abrazan,  
O en su voraz corrusca se despedazan  
En las sangrientas guerras;  
¿Por qué el libertino que en alegre orgía  
Cual rueda del insomnio las quimeras,  
Lo mismo que las olas  
De la muerte á las frígidas riberas!

A paso de fantasma te vi en día  
Sobre mi humbral de piechó... Cruel enemigo,  
De la existencia accecador espía,  
Huye espectro de mí... ¿yo te malgrado!

*Joaquín Lemónie*

## En el Cementerio

Morada de la paz, sagrado asilo  
De los que duermen el eterno sueño,  
Do reposan en lecho polvoroso  
Confundidos el noble y el plebeyo!

Sobre tus frías losas tumularias,  
En medio de las sombras y el sosiego,  
Lo efímero del mundo y sus placeres  
Yo vengo á meditar tranquilo y quieto.

Como el épiros que al borde del sepulcro  
Alza su capo enhiesta hacia los cielos,  
De los mezuquinos goceos de la tierra  
Quiero yo levantar mi pensamiento.

¿Cómo se palpa aquí la instable sombra  
La nada de la gloria, ante esos restos,  
Ayer admiración, pero gozo de los hombres,  
Y hoy de viejas gusanos alimento!

[Que encierra ese sarcófago de piedra  
Y ese sobrio tálamo cubierto  
De mármoles y jaspes? Un cadáver  
En sudario de purpuras envuelto....  
Es él el mortal su nombre no guardaré  
El masd aludido que recuerdo  
Que junto con la losa del sepulcro  
Cae la del olvido sobre un muerto.

Qué frío de la hiermosura! Flor tronchada  
Al soplo helado de natura eñeida,  
Sin carmin, sin aroma y sin frescura  
Yace encerrada en ataud estrecho.

Esa que veís allí, tumba ignorada,  
A la sombra de un sauce maciente,  
Es la huesa que guarda las cenizas  
De glorioso y magnánimo guerrero.

Allí do brotar purpurinas rosas,  
Do ferirá el lírico perfumado rocío,  
Una vírgen reposa... que las auroras  
Acercarán sin sueño con su aliento!

No turbemos la paz de este sepulcro;  
Duermee una madre aquí filial afecto,  
Al amor ardoroso de hijos tiernos,  
Del cual dolor las tieñde cariñosas.

Los brazos que en la infancia los mecieros  
Yerto el regazo está que fué su cuna;  
Ya no palpita de carnosio su seno;  
No vaga entre las labias la sonrisa;  
No arde su pórp en amorsos fuego.

¿Quién mora en esta tumba florecida?  
Es una tierna esposa, cuyo affecto  
Perfumadas de dichas la existencia  
Del que lloró en su fosa sin consuelo.

Murió cuando un amor derribado y pun-  
tudo á sembrar de flores su sendero;  
Murió al tocar con delirantes labios  
La dulce copa del amor materno.

¿Y esta sencilla huesa, coronada  
De siempre vivas, que no toca el tiempo  
¡Ah! guarda para mis restos queridos  
De un paternal amor, durable, eterno.

Aquí lo guardé yo en día niagió,  
Opres el alma de dolor acerbo,  
Y al sepultarlo ¡ay! bajo esta lápid,  
Sepultado quedé mi triste pecho.

Yo me delengu aquí, quiero un tributo  
De lágrimas pagar, de amor sincero...  
[El soplo del olvido, hermana mía,  
No arrancará del alma tu recuerdo! . .

Los que correis tras ilusiones vinas,  
Venid á contemplar vuestros deseos,  
Si pedís el control del hiel del sepulcro  
Su sed apaga el corazón sediento.

Si puz vuestra alma fatigada busca,  
No la busqueis en locos devaneos;  
Venid y la hallareis bajo los brazos  
De esta modesta cruz, de este mádero.

Si vuestra fé vacila, si la espina  
De la duda tortura vuestro pecho,  
Venid, que la verdad austera y muda,  
Aquí proclaman los humanos restos.

Who que sentís el corazón flagelado,  
Exhale en el viento vuestro ansioso  
Venid á rez; vuestra plagar ardiente  
Será un alivio del dolor acerbo.

Todo respira aquí y fe esperanza:  
La cruz, la soledad, la losa, el templo...  
[Embribe de mudamos malos, al hollow  
El asilo inviolable de los muertos! . .

Y. A.

## Día de difuntos

Tambien la muerte tiene su día; gran día  
terrible, en que la religion pone á nuestra  
en relaciones con los muertos de todos l  
glos, le muestra reducidos á polvo sus gra  
zas, la asombra con la proximidad de la u  
y el misterioso aspecto de la inabecable e  
dad! No sabemos qué sentimientos llenan  
espíritus de nuestros padres, al hollow e  
tal colapso de las losas del santuario; si au  
felices, que nosotros, tal vez llorando so  
sepulcro de sus padres sentíamos horror  
pulcro: no así los que se ven forzados r  
rulo como lugar de reposo; no así los q  
nutren de lágrimas; no de lágrimas; no n  
setras, que otros, que otros, que otros, q  
del mundo, y la dolera del cielo.

desgracia nos ha reconciliado con la mu

[Vivi! ¡aueña á veces la inmensa juve  
que vivir es andar por caminos de flore  
un cielo resplandeciente, y andar entre h  
nos sorprendiendo y amando! ¡Ni es eso e  
no hemos vivido. La leche de nuestras m  
espíritus de nuestros padres, al hollow e  
tal colapso de las losas del santuario; si au  
felices, que nosotros, tal vez llorando so  
sepulcro de sus padres sentíamos horror  
pulcro: no así los que se ven forzados r  
rulo como lugar de reposo; no así los q  
nutren de lágrimas; no de lágrimas; no n  
setras, que otros, que otros, que otros, q  
del mundo, y la dolera del cielo.

desgracia nos ha reconciliado con la mu

para aplacar y ser felices, se han persiguido  
y torturado y combatido con furia...

No hay morada alguna en que no haya  
trabado la muerte; no hay hombre de cuyos  
brazos no se haya desahogado la vida  
amada. Venid, pues, los entusiasmados  
por vuestros padres que murieron  
para que nuestros hijos crean por vosotros  
y finja.

Hay una hora en el día melancólico y sol  
rey; hace huido el sol en el mar como en  
to sepulcro; van despidiéndose mutismo  
por el cielo las nubes; la luz se delatita  
apaga, muere; parece que está el mundo ago  
zando. El hombre se sumerge entonaces en  
fuerza de infantes confabulaciones; pu  
do al mundo en la gente. El sacro  
nos ha abierto las puertas del santuario; y  
indico esos tímidos cubiertos de paño ne  
y esas antorchas que los rodean, y hacen  
su pálida luz balancear las sombras sobre  
mármol helados? ¡Santo silencio hay a  
tinieblas misteriosas, todo lleno de la  
compresible Divinidad! ¡Ah! cuando en  
el silencio se oye la voz de Dios. El sacro  
ocurrida se arrodilla el cristiano, en m  
de un horror sublime siente no conceba p  
dulzura secreta; respira entonces el aire de  
don más silenciosa. Al menos en estos ge  
dos instantes no viene a turbarnos el t  
mundo; ni el amor a Dios. El sacro  
siente mirada. Aquí solo viene a Dios  
muerte; ¡la muerte que va empujando  
el sepulcro; a Dios, que nos abre la ele  
dad!

Han pasado breves años y casi se ha re  
plazado la luz de la vida. El tiempo v  
en por sí se probaba. ¡Olvemos de  
en cuando los ojos, y ahora está, ahora a  
un desapareciendo nuestros compañeros  
vía; el camino de la humanidad está  
de sepulcros. ¡Ah! parece ayer, cuando sal  
mos, niños jugueteos, sobre las rodillas  
nuestros abuelos, y jugábamos con sus  
los blancos; ayer parece, cuando dejábamo  
nos el pecho, y éramos al de nuestro  
dado de besar, más a raíz de un beso  
Ayer fue, hoy el lugar do se sentaban  
nuestras casas, está vacío... ¡Hermanos!  
podrá dar este nombre a cuantos os habe  
sido a crear y a gemir bajo las bóvedas de  
templo: ¡lamais padre a Dios; yo tambie  
llamo mi padre, somos, pues, a hijos, se  
hermanos. ¡Y por qué viene su horror, her  
nos? ¡Ah!—Al alma encontró un lenguaje  
vino para hablar a otra alma, y la habló a  
do, y me amó. Yo sé que este amor es  
eterno sobre la tierra, y que la tierra  
para mi un paraíso; y ella me ha dejado  
mas, y háse llevado su amor al sepulcro...  
tenta una muerte, ampara con su sombra  
inocencia, y embelsama mi vida con las  
de la vida. Yo sé que este amor es eterno  
he perdido la míal—Un hijo solo—Era  
su madre?—Solo tenía a mi hijo—¡Pobre  
dre!

¡Es terrible eso de pensar; a aquellas  
sones a míjnos analistas, no le viene de  
de la vida, y él, ¡oh!—Yo sé que el  
espanto, es desesperación, si en el fondo  
tumba no pusiera la Religión una espe  
rada. Madre caridosos nos consuela. Ahora,  
en instante pedimos hablar a nuestros pad  
medos de Dios; y cuando le decimos: t  
dad de sus almas, nuestros padres los s  
saben que los amamos. ¡Dulces y misterio  
de la vida!—Yo sé que este amor es et  
admirable el de los sepulcros! Y resp  
sepulcros, y sobre ellos derramando lí  
de amor, aumentase el nuestro hacia p  
y disminuye el terror a la eternidad. Porqu  
ella se hallan ya las personas que amaba  
porque qué otra cosa es la patria sino el  
donde reposan las cenizas de nuestros pa

¡Día de difuntos! Pasado el pío sobre la  
la y próximo a la muerte, el alma alza h  
humanidad sus lamentos al cielo, arando  
muertos de todos los países, de todos los  
Ellos poblaban la tierra, rieron; y tambie  
mo nosotros lloraron. ¡Que se han hecho  
reyes que respaldando se alzaban en el  
del silencio de las naciones! Aquellos hom  
de la tierra, y que hacían temblar al so  
de la tierra, ¿dónde están? ¿donde los prin  
de la inteligencia, que leían en la flor y e  
astros, y con boca de oro hablaban del  
ellos explicaban las leyes de la tierra? Y las qu  
amor deleitaban y encendían ángeles con  
títulos de muerte, ¿en donde las veremos  
Gozarón, embellecieron, ¿o ensangantaron  
su día a la tierra; ese día pasó, y por la a  
puerta del sepulcro bajaron todos y entr  
en su casa, osaron, y en la hermosa reg  
al entrar en ella despudó la muerte de ans  
a la dama, de sus espada al guerrero, y de  
de las fientes reales de las coronas. Porqu  
ese acaba toda fuerza; entonces al menos  
nos iguales todos los hombres: no se asom  
entonces los reyes al verse mezclados co  
mendidos.

¡Día de difuntos! Estas casas que nos  
habíamos, otros las edificaron; otros nos  
ayer por muestras callos, se reunían en me  
plazas, y ¡ah! de vida, reían, brillaban  
muerte... ¡Ah! cuando a veces en ovill  
salones, al son de embalsamados m  
gallardos caballeros y hermosísimas  
jóes, parados en las arborescencias de  
de a muertes. Las flores, una ahora, otra  
pués, van cayendo marchitas; los rostr  
para palidos; un fantasma horrible, y  
leto, que se adorna de pedrería y andro  
sido a la bellísima diversion. Ellos no  
ellos no le sienten, y está a su lado cuando  
y en medio de sus armonías vieñen las  
y les sienten; y así hacen temblar al so  
de la tierra, ¿dónde están? ¡Oh!—Yo sé  
puja, los queréis! Pasó un día, y otros  
por breves años; y éste un hombre  
una escalera silenciosamente, y tocar con  
no tenía a una puerta—¡Vive todavía  
lágrimas en los ojos del la abv...  
nudos y desmayados pasos va acercand  
otra puerta... ¡aplica el oído, y percibe a  
un ruido extraño. ¡Oh!—Yo sé que el  
poco a poco la cabeza, y ¡ay! la muerte  
sentada a la cabecera de una cama.

Quando pensamos vivamente que hem  
morir, nos poemos a veces tristes; nos a  
bramos. En verdad que somos imbéciles  
blancos entonces gozamos y reír, porqu  
poco de la redención, la muerte es el don  
poco de la vida. Yo sé que este amor es  
Un día eterno. Alrededor del pedo p  
en la tierra un paraíso; pero después de  
fuerza sino un inferno. ¡Vivir eternamente  
ter ingrats, perdidos y opresores!

¡Qué victrías sin la muerte en el mundo  
clavos que laminan los píos de sus tir  
que se morían de ellos y de Dios.

¡Mirad cómo nos reímos de vuestras in  
tos locura!... ¡No, no es posible opr  
somos libres. Cuando soñéis en vuestra  
ente ceder a cualquiera, haciéndos  
cer, ¿gritaremos: Mirad, mirad, que os sig  
de los reñones, os toca ya...? ¿gno  
no lo llevo de mí? ¿os toca eso fanlism  
llaves de la eternidad?

¡Oh, y qué grande es la Iglesia de No  
Señor Jesucristo!

Ayer celebraba, cuando la fiesta de  
de los Santos; hoy recuerda llorando a tod  
muerto.

La Iglesia visible celebra, digámoslo as  
posorios años con esa otra Iglesia p  
cual no existe ya el tiempo.

¡Día de Todos los Santos! Fiesta a los  
favores que ganaron, en este mundo  
la corona inmortal que han de ceñir en  
de la vida. Yo sé que este amor es et  
en el cielo de toda edad, y sexo y co  
de toda la vida, y de toda lengua, a quie  
go Jesucristo amorosamente en el  
de la vida, en la montaña y en el val  
palacio, en el calabozo; los que en me  
de los deleites del mundo, permanecier  
de la vida.

...sus dolores resignados; y en lo alto y en el cielo, en las alegrías y en las amarguras, amando a Dios y amando en Dios a los hombres.

[También la muerte tiene su día! Y en el día, por qué quedamos a Dios? Cosa admirable! Por nuestros padres y amigos; pero a veces por todos los muertos. Y ahora a miles de leguas de nosotros, hay hombres a quienes nunca hemos visto, cuyo nombre jamás sabemos; en estos momentos están rogando por sus padres y amigos; pero también por todos los nuestros. Ruegan por las personas que nosotros amábamos, así como nosotros por las personas que ellos amaban.

[Divina es una religión que hasta de la muerte se sabe estrechar la fraternidad entre los hombres.

[Divina es una religión que hace llevar el cielo por una alma sola, todas las creaciones la tierra!

Después del pecado, la muerte es un beneficio. ¡Gracias, buen Dios! Tú te compadeciste del hombre y abreviaste sus días sobre la tierra; postrados solo en tu presencia, te damos gracias.

Levantamos los que sufrieron y lloraron: mirad los altos y alegres; porque todos hemos muerto.

El pensamiento de la muerte asombra los placeres del impío, refrena los furiosos del sensato, consuela a los infelices, alienta a los débiles...

El solo pensamiento de la muerte nos ampara a nosotros, los débiles, contra vosotros, opresores.

Samerginos en un mar de deleites, o palpitando con alegría codiciosa; pero sabed, desechados, que habéis de morir, y vendrá un día, y no se tardará, en que os agarréis, inútilmente, con manos desesperadas, de la riqueza que se escapa.

Si un tirano golpea con su cetro de hierro cabeza, o si hundis, verdugos, el puñal en el pecho desarmado, a aquel y a vosotros, di, Sabed, desechados, que habéis de morir, vendrá un día, y no se tardará, en que un vengador inevitable quiebre de un golpe el puñal en vuestras manos o la corona en vuestras frentes.

Siente el cristiano algo dentro de sí que le pone a cubierto de toda tiranía. No la teme, que cosa que dura poco, vale poco. No la teme, porque no la falta que le libre de ella. La muerte es la libertad.

No asusto el impío exaltado como cedro al Líbano; pasmoso, cubierto la cabeza, y ni lugar vimes ya en que el cedro arraigaba.

Entrad en este cementerio, alzáid las losas y removed la tierra; ¿Qué república, gran Dios, y qué ciudadanos!...

Señores que oprimís a los pueblos y os afáis de Dios, os doy una alegre nueva; denunciad de poco seáis ciudadanos de esa república.

Récita cosa debe ser para los grandes criminales, que el mundo laura, caer de repente desnudos y temblando entre las manos de la vívora.

Quando pasó el otoño, y es fría la brisa de tarde, el insecto se envuelve como un gusano sobre la hoja, juguete del viento; pero cuando el aura reglada de la primavera viene a mecerle amorosamente, torna brillantes alas y se vola. En el sepulcro dejó el hombre su cuerpo serrible; lo que piensa, lo que cree, lo que ve en él, el noble huésped que anima aquel cuerpo no entró en el sepulcro, volóse al cielo.

Morir, para quien muere en Jesucristo saltar en el bojel que aporta a las playas celestiales; es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles.

Aparici y Guaijaro

## LECTURA AMENA

### Las coronas

CUENTO MORAL

I

*La fortuna*

Amanciana uno de los días más deliciosos del mes de Mayo, y la brisa fresca de la noche se asomaba por el Oriente, cubriendo el cielo con sus transparentes alas de color de púrpura.

La Fortuna, con la falda llena de los dotes tan apetecidos de los hombres, salió a la parata de su palacio, construido en la región del aire, y se preparaba para [emprender su cotidianidad al rededor del mundo, cuando vino descendiendo del cielo cuatro terribes almas se acercaban a la tierra con timidez.

Al ver a la Fortuna, una dulce sonrisa mo el rostro de las pobres almas. [Era tan moga!

—Vos que sois tan buena, le dijeron, habéis nos una merced.

La Fortuna prendóse de ellas, y mostrándoles sus falda, les dijo con cariño:

—Escoged, hijas mías, es lo mejor de vergel.

Las almas se acercaron a la Fortuna, y templan con gran sorpresa y curiosidad, preciosos dones que llevaba, entre los que descollaban cuatro coronas: la más linda de flores, la más bella de lauras, la más rica y la más triste de espines.

Las pobres almas estaban confusas y no atrevíanse a escoger, porque ignoraban lo que en el mundo significaba cada una de aquellas coronas.

—Decídmelo lo que queráis encontrar en la tierra, y yo os las repartiré, les dijo entonces la Fortuna.

Las almas atrevida de las almas, adelantándose al momento a las otras tres, exclamó con entusiasmo:

—Yo quiero mucho, quiero poder; necesito ejercíos de valientes que acanten mis pobres y populosas naciones que se sometan a mis leyes. ¡Quiero ser rey!

Asombrada la Fortuna de su ambición, y en su frente la corona más rica que labra jamás los hombres, y en sus manos un cetro de oro inquebrantable.

—Escoged de las almas, más risueña de ellas exclamó con sencillez:

—Yo no compecho la vida sin amor y sin placeres; quiero disfrutar sin penas y sin cuidados todos los goces de la tierra.

La Fortuna riéndose del candor de esta alma, orló sin frente con una corona de las más hermosas y odoríferas que cogieren las das en sus pensiles, la cual le sentaba bien, y puso en sus manos la aurea copa de los placeres, llena hasta los bordes.

La tercera de las almas se acercó luego, e ló un profundo suspiro y exclamó con entusiasmo:

—Yo anhelo ser un génio que guero que de no naciendo me sé saber y me colme de placeres de honores, aspirando a que mi nombre, rodeado por la aureola de la inmortalidad, no se borre jamás de la memoria de los hombres.

La fortuna entonces, también con entusiasmo, le colocó en sus sienas la corona de laurele, o las Mozas, y le entregó la famosa lira del Apolo.

Al recibir sus apetecidos dones las tres almas, habían volado apresuradamente al cielo, y viendo la Fortuna a la que quedaba triste y que nada le pedía, le preguntó con nura:

—¿Qué queréis tú, nada deseas?

—Sí, contestó ella, quiero volverme al mundo.

Admirada la fortuna de oír tal respuesta, al mismo tiempo se acercó a la pobre alma que despreciaba sus dones, la corona de flores, con la que habían tejido el cendrieron del cielo y le dieron las blancas de la fe, con las cuales podía transportarse de la tierra al cielo, e hiciera llevar sobre sus alas.

V  
El premio

Cuando salieron del mundo las almas se  
despidieron, y en su lugar se dejó al ele-  
fin fin de su viaje a hallaron un inmenso  
palacio que les impedía acercarse a la me-  
te de los justos. Entonces la mas humilde de  
ellas, extendiendo sus blancas alas, surco-  
saron en ruido vuela y las otras almas vi-  
eron las puertas del cielo se abrían para  
ellas y para las que querían ir a ellas. El  
señal en verdad colmado de caricias y  
sonando himnos en su loro:  
—Un angel con rostro muy severo dijo a  
ellos:  
—Para vosotros está el cielo cerrado  
permanente. De nada sirven la ciencia, el po-  
der y el amor, los que queréis ir a ellas. El  
única llave de virtud, porque aquí solo se  
pasa con las almas purimas de la fé,  
J. Nogués

---

## EXTERIOR

---

### Revista Europea

El paquete francés *Ecuador*, que llegó a  
nuestro puerto nos trae diarios, cuyas fe-  
chas de París, Londres y Lisboa, solan-  
tando un día a los últimamente recibidos.  
Las fechas de París llegan al 14 de Por-  
tugal y al 15 de Lisboa, y de Rio Janeiro  
al 16.

La política europea continúa comen-  
tando la solución de las importantes cuestiones  
que sin cesar se han ocupado los ministros  
repetidas conferencias.

La opinión de la prensa en general es  
asímente variado, y no puede sacarse en  
este el horizonte político del viaje continúa  
ha despedido o si por el contrario, está  
preñado de nubarrones.

Entre tanto, al decir de varios diarios  
franceses y alemanes, la entrevista Bismarck-  
Drass y solo debe inspirar garantías de fu-  
turo, por cuanto la combinación de las  
potencias que representan ellos, tienen  
principalmente las ambiciones del imperio  
del Czar.

A pesar de las garantías de Bismarck  
relacion a Francia y otros países, Italia  
sus fronteras del lado de Austria, y en  
Francia reina desconfianza por lo  
que aumentando sus fuerzas.

También España se halla envuelta  
en el conflicto, y la prensa ya se dice que  
ya tendrá en Vienna una entrevista con  
ciller alemán.

Los diarios alemanes que dan esa  
afirman que el objeto de esa entrevista  
unirse España a la alianza Austro-Alema-  
na.

La única a que se coloca fuera de la  
tación es Inglaterra, pareciendo agrada-  
bilismo por ver en ello contrariedades para  
sila.

He aquí las últimas noticias que re-  
cibimos de los diarios:

- El siete de Octubre se abrió en A-  
Cámara de Diputados.
- El mismo día llegó a Viena el se-  
merle.
- El emperador Francisco José II  
con la Orden de la Corona de Hierro  
se unió con Gualdo de Almeida, mis-  
nisterio de Portugal en aquel imperio.
- El príncipe de Bismarck declaró Be-  
vió a todos los gobiernos de Europa a  
de amistad a propósito de su viaje a V-
- Un telegrama de la misma capital,  
do por el *Morning-Post* de Londres,  
que, si el ejército ruso se aumentaba  
riase el de Alemania en la misma pro-  
En Inglaterra el *Times* juzga neces-  
convocación del Parlamento después  
ocupación de Caboul para regular a  
Afghanistan.
- El general Roberts debió legar  
frente a Caboul.
- Se incendió el rumor de que los  
estados de la Suiza.
- Respondiendo a una memoria que  
garon los delegados de las sociedades  
abolición de la esclavitud, el marqués  
labary declaró que el consúl gene-  
en el Cairo fue autorizado a ofrecer a  
Abyssinia los buenos oficios de Ingla-  
zanjar las dificultades existentes entre  
y Arabia.
- La *Temps* de París del 7 declara  
Consejo de Ministros resolvió unirse  
defender las leyes Ferry en el Senado  
dejar proveer de nuevo en las Cá-  
cuestión de amnistía.
- Afirmase que el príncipe Napoleón  
un manifiesto.
- Dicen de San Petersburgo que se  
brieron a los hijos de Czar. Se pa-  
30 hombres y a 3 mujeres.
- Hablase de la dimisión de Goro-  
pero el *Standard* de Londres, afir-  
tendrá lugar antes del fin de Noviem-  
—Dícese que las relaciones entre  
Turquía son amigables.
- El *Diario* de S. Petersburgo des-  
negociaciones entre el Valdeño y  
dicen que se quiere que se declare  
que el Czar espere las proposiciones  
—La Puerta no resolvió la educación  
melia.
- La conferencia Turco-Griega, re-  
dió 7, no tuvo ningun resultado.
- El Sultan, con motivo de la rece-  
ministro de Iuglaterra, manifestó a  
de cumplir el tratado de Edin.
- El rey de Grecia, renunció a su  
Corfot a Europa.
- En las elecciones para diputados  
nas triunfaron los liberales, cayen-  
puesto el ministro de marina.
- Llegó a Venezia, el 7, el príncipe  
de Alemania.

---

### La cuestión social en Inglaterra

«Salvo la irrisoria agitación que se  
promueve M. Parnell, tratando de si-  
guir la cuestión de las tierras en arrendamien-  
to, dice, de la propiedad de ellas, la  
tarea, dice un correspondiente del *Diario*  
de Edinburgo, es el de la cuestión social  
y paz otorgadas. Nada de los otros  
nismo o nihilismo: nada de odio o  
de las masas contra los intereses  
Esas mismas huelgas de obreros, tales  
y numerosas, que en otro país  
por promover un choque sangriento  
convaleciendo, y no queremos asien-  
to al sistema de la explotación de  
de aquí hasta sus últimos límites, sin  
traba legal, permite recolectar fondos  
atender a la subsistencia de las fami-  
huelguistas. Es prodigioso ver cómo  
de esas que comprenden lo 80,000,  
la cual se prolonga sin llegar a 20,  
trotan a la huelga y se establecen  
entre Ligas o uniones, establecidas  
la superficie del país pueden atender  
nimiento de tantas bocas hambrientas  
durante el sitio.

No nos incumben este momento en  
lizar las circunstancias y consecuencias  
sistema, que contribuye a mantener a  
los talleres a tantos hombres vigoros-  
pman en la acción las mejores huer-  
Czar polaco, es la igualdad de tanto  
espectáculo altamente inmoral en el fo-  
prosciendiendo de los abusos a que  
manejo de los fondos por parte de  
obreras, abusos que son la señal cara  
de todas las instituciones llamadas  
cas en este país, nos acercamos al con-  
efectuar mas o menos ocasionados a  
de la huelga, que en nuestra traza  
guindados. Hemos sido testigos de la  
del comunismo en París en 1871. La  
causa principal, antes que los bandi-  
de Europa llegasen a dar forma ine-  
movimiento parisiense, fue la repug-  
los milicianos a volver a los talleres  
y ganar un salario honroso, en vez  
sueños diarios que habían estado  
durante el sitio.

Si otros polacos y alemanes a Italia  
los que atravesaron las líneas prusian-  
enter en París y dar la dirección hor-  
asumió el motin popular, se apoderó  
del animo de esos miles de huelguis-  
los que atravesaron las líneas prusian-  
enter en París y dar la dirección hor-  
asumió el motin popular, se apoderó  
del animo de esos miles de huelguis-



